

# EL ÚLTIMO DARUMA

**Por Eva Gutiérrez Pardina**

Lidia soñaba con viajar a Nuevo Japón, pero no podía permitírselo. Desde la Gran Contaminación, los permisos para viajar a Madre se concedían con cuentagotas, el coste de un billete equivalía al trabajo de un año, y las cámaras de hipersueño tenían una lista de espera de al menos seis meses. Para tener opciones, aunque fuera a medio plazo, necesitaría un sueldo decente y un lugar donde vivir que no le ocasionara gastos. Un imposible. Por más horas que se pasara sonriendo a los clientes tras el ordenador del Hotel Fhloston, tardaría media vida en conseguirlo.

De momento, malvivía junto a tres compañeros de trabajo en un cuchitril de protección oficial en Endymion, capital del satélite artificial Hestia-3, orbitando en elipses alrededor de Madre, o lo que quedaba de ella. Sólo algunas zonas, más previsoras, escaparon in extremis del Desastre, como Nuevo Japón y su cúpula de silicio transparente que logró aislarla de la contaminación exterior, primero, y del Segundo Diluvio, después. Visitar sus palacios milenarios, los parques con grullas, la antigua Tokio...era un sueño que, de momento, Lidia sólo podía acariciar de lejos, y que revivía de tanto en tanto, cuando visitaba la tienda de artículos japoneses del señor Miyagui: un lugar cálido donde todo olía a té verde y matcha, medio escondido en el corazón de Endymion, con la puerta de madera roja importada de Madre – ¡madera de árbol, auténtica!- ; un mundo distinto donde sonreían gatos grises y rechonchos bajo un pequeño paraguas negro; donde brillaban dragones azules en el fondo de bols para ramen, peces koinobori, cojines con la ola de Kanagawa; un paraíso donde leer a escondidas ensayos que lloraban la pérdida de un Japón perdido, entre muñecos blanditos de una niña robot con gafas.

Tras años como clienta, ella y Miyagui habían trabado amistad y alguna vez él la había invitado a cenar ramen en el restaurante de la esquina, mientras le explicaba sus aventuras de juventud en las okiyas del Kyoto de antaño. A Lidia le caía bien, aunque en alguna ocasión creyó vislumbrar algo inquietante entre las arrugas de su rostro simiesco. Entre sorbo y sorbo de sake, aparecía a veces un brillo dorado en el fondo de los ojos del



anciano, y algún movimiento súbito parecía rebelar una fuerza y velocidad mayores de los que demostraba.

Una mañana de mayo, mientras ella admiraba en la tienda, por milésima vez, la colección de katanas del señor Miyagui, él la llamó aparte, le comentó que se jubilaba y le propuso que se hiciera cargo de su tienda de artículos japoneses. “Si quieres, puedes vivir en la trastienda” -le dijo, y se rascó la arrugada nuca con gesto travieso-. “Es tan grande como la tienda, tiene agua, luz y nevera autorecargable. No hay robots domésticos, lo lamento. Sabes que me gusta hacer las cosas a la manera tradicional. La tienda es algo vieja, no te asustes si oyes algún crujido, la madera es antigua. Está llena de muebles y viejos cachivaches, pero haz con todo eso lo que quieras. Tal vez encuentres por ahí algo interesante”.

En un primer momento, acostumbrada a los chistes de Miyagui, Lidia se lo tomó a broma. Sin embargo, él insistió en su ofrecimiento, y finalmente ella aceptó, emocionada. Arreglaron papeles con rapidez y pactaron que ella se instalaría ese mismo viernes para ordenar la trastienda con calma y abrir el lunes.

Lidia pasó los dos días siguientes entre cajas, y en las nubes. Por fin tendría un lugar para ella sola, sin tener que pagar alquiler, y un sueldo digno que le permitiría ahorrar y hacer realidad la aventura soñada. Se despidió del trabajo, dio la noticia a sus colegas y empezó a empaquetar sus pertenencias de inmediato, ajena a las caras estupefactas de sus compañeros.

Ese viernes ella hizo el traslado y se pasó la tarde sacando el polvo a una armadura samurái de imitación por la que pediría una fortuna, y limpiando con cuidado los cristales de un aparador antiguo, bellissimo, de madera negra lacada, donde Miyagui había ido guardando su colección de darumas de color rojo y dorado – Lidia contó cuarenta y ocho-, todos con los ojos pintados. Cuarenta y ocho objetivos cumplidos, murmuró Lidia, admirada. Se preguntó si el señor Miyagui había ido adquiriéndolos uno a uno o si había ido aumentando su colección con los de otras personas.



Al final del día, agotada, se dedicó a preparar el lugar que había reservado para el futón donde iba a dormir desde entonces, sobre la cuadrícula marrón y amarilla de un viejo tatami. Poco después se arrebujó en el edredón con pequeñas grullas pintadas, apagó la lámpara con la carpa negra y roja saltando en los paneles de papel de arroz, y se quedó dormida casi de inmediato.

En medio de la noche, la despertó el gemido placentero de una mujer joven. En un primer momento, medio dormida, pensó que sería una vecina, o la última conquista de Nio, siempre saltándose el pacto entre compañeros – nada de llevar los ligues a casa, joder Nio, te lo hemos dicho cincuenta veces- , pero de repente recordó que se había mudado, que no estaba ya en el piso de protección social con sus amigos, sino en la trastienda de un establecimiento sin vecinos, sola. No puede ser -se dijo, medio dormida-. Lo habrás soñado.

Volvió a dormirse, pero al rato la despertaron más gemidos de la misma mujer que, estaba segura, avanzaba imparable hacia un orgasmo épico. Lidia descartó levantarse y se quedó un rato escuchando, intrigada y excitada bajo el futón. Sonaba como si estuviera muy cerca, pero eso era imposible, no había nadie más allí. Tras un glorioso estallido final, todo quedó en silencio. Poco después, la respiración acelerada de Lidia daba fe de la danza que ejecutaban sus manos, largo tiempo desocupadas, bajo el edredón.

Al día siguiente, Lidia se duchó canturreando. Bueno, tenía una vecina que gozaba de su cuerpo sin tapujos, ajena a las prohibiciones de la Liga Ética de la Luz: razón, obediencia, moderación y contento. Como todo el mundo en Endymion, Lidia había sido inscrita desde su nacimiento en la Liga, y como casi todo el mundo en Endymion, también, hacía tiempo que en su interior había abjurado de sus creencias. Moderación, dicen. Tonterías. Su vecina le caía bien. Podía ser divertido. Se lo explicaría a sus antiguos compañeros de piso, cuando los viera para cenar, esa noche. Quién sabe, quizás la dama misteriosa se pasaría por la tienda y reconocería su voz. Con una sonrisa traviesa, Lidia decidió dejar de hacerse preguntas.

De vuelta a la cocina, se preparó una deliciosa taza de té matcha y puso a freír unas tostadas al estilo de su abuela: mojadas en huevo, leche y canela. Un pecado que solo se



permitía algún domingo especial, y éste era uno de ellos. Descansó un momento para saludar a los enfurruñados darumas que la observaban desde la vitrina, como soldados esperando una orden; se puso los auriculares, buscó la aplicación de lectura y una voz aterciopelada le siguió leyendo *Confesiones de una máscara*, la autobiografía de un antiguo suicida japonés. Sacó el polvo y montó el armario que se había comprado en Ikea; marcó en el panel de la nevera los ingredientes para el ramen, pasó un litro y medio de agua por el minireactor de oxidación catalítica. Puso a hervir dos huevos con un chorrito de soja en la olla de titanio, y al cabo de quince secs y medio, el pitido de la nevera le anunció que había llegado el pedido. Sacó cuatro setas shiitake, puerro, col, cebolla de hinojo, zanahoria y kale, marcó juliana en el cortador y esperó dos o tres secs a que el agua llegara al punto de ebullición. La cocina se iba llenando de aromas. Sacó los huevos, los peló, añadió al caldo un toque de wakame, el dashi de miso y un chorrito de aceite de sésamo. Tomó caldo en una cuchara, lo probó y le supo a gloria. Ya podía poner a hervir los fideos soba. Un toque final de pimienta, y listos: se zampó un ramen delicioso.

Pasó lo que quedaba de tarde desempaquetando y colocando toallas, pantalones, camisas, abrigos, camisetas en el armario, y doblando su preciada colección de calcetines de colores vivos. Al atardecer entró un momento en la tienda y pasó revista para asegurarse de que todo estaba impecable. Se sentía cansada y nerviosa, pero feliz. A la hora de acostarse dejó el móvil con la alarma preparada para las ocho y se preparó para caer dormida de inmediato.

A las dos de la mañana, de nuevo, la misma mujer que oyó la noche anterior volvía a gemir. ¿Otra vez? Lidia aguzó el oído. En esta ocasión los gemidos sonaban aún más cerca. Intentó ignorarla; necesitaba estar fresca para el día siguiente. Imposible. Encendió la luz y encargó en el panel de la mesilla de noche un *muzo* con tecnología de cancelación de ruido. Al cabo de dos minutos, con los oídos aislados, se dispuso a dormir.

No sabía qué hora era cuando la despertó la sensación de que unos dedos estaban picando su espalda, bajo el futón. Lidia se incorporó, asustada, y se quitó el *muzo*. Tap, tap, tap, tapatap.. El repiqueteo le hizo dar un respingo. El sonido parecía provenir de debajo del tatami. Miyagui no le habló de ningún sótano. ¿Quizás era un cortocircuito... o se había quedado un *grounie* hormiguero atrapado en un conducto bajo tierra?



Otro gemido. Lidia encendió la lámpara. Se levantó, movió el futón y el tatami, y descubrió una trampilla tan bien disimulada que parecía casi invisible. Palpó la lisa superficie y encontró un pequeño interruptor. Una trampilla de dos metros por dos se abrió chirriando. En el fondo, aparecieron de improviso unos ojos brillantes.

Lidia dio un grito y saltó hacia atrás. Rodeó la trampilla abierta, enfocó la linterna del móvil a la boca del agujero y descubrió, sorprendida y aliviada, que se trataba de una antigua muñeca para el placer, un prototipo como los del siglo veintiuno, que alguien - ¿el señor Miyagui? – había dejado abandonada allí. Se rió, aliviada. Ya está, he aquí la respuesta al misterio. Seguramente se había producido algún fallo en el mecanismo interno de la muñeca, y por eso gemía aunque nadie la estuviera utilizando.

Contempló el rostro añorado bajo la luz naranja, enmarcado en una peluca negra, como las de las geishas de la antigüedad. Bajo sus ojos orientales, sobre la piel blanca, brillaba una pincelada rojo pálido. Era hermosa. Tenía los labios finos, las manos delicadas, los pechos pequeños. Le pareció encantadora, tan distinta de las muñecas para el placer de su época, indistinguibles de una mujer real excepto por la marca en forma de flor de loto, roja, en medio de la frente.

Lidia avanzó lentamente los dedos de la mano derecha, y le rozó la mejilla. Se sobresaltó al comprobar que estaba caliente, y retiró la mano rápidamente, con una mezcla de asco y fascinación a partes iguales. Se preguntó cómo podía desconectarla, dónde se encontraba su fuente de energía. Quizás funcionara con batería o con algo mucho más antiguo, unas pastillas redondas y plateadas llamadas pilas. Por un momento se le ocurrió vendérsela a Nio. Sus antiguos compañeros de piso se librarían de las escenas postcoitales que se repetían invariablemente, cada mañana, tras el consabido *muchas gracias bonita, si acaso nos llamamos y eso*. Al fin y al cabo, el señor Miyagui le había dicho que podía hacer lo que quisiera con lo que encontrara en la trastienda. Tal vez fuera suya y se la había dejado olvidada... Lidia se sentía incómoda ante la posibilidad de preguntárselo. Además, una muñeca antigua valdría una fortuna.

Con algún esfuerzo, Lidia logró sacarla de su tumba temporal y llevarla, medio a rastras, hasta el sofá del comedor. Pesaba más de lo que parecía. El tacto suave y caliente de la piel



sintética le dio la sensación de que estaba trasladando un cuerpo recién asesinado. Se arrodilló junto a ella y empezó a recorrerla con los dedos a la búsqueda de un espacio hueco donde se encontrara lo que fuera que la mantuviera encendida. Pasó la mano por los hombros, el pecho, el vientre, los brazos, las piernas, la espalda... Nada. ¿Entre las piernas? Lidia se detuvo. Le daba cosa, meter los dedos ahí. Además, no tenía sentido que las pilas estuvieran allí, precisamente. De todos modos, en aquella época creaban artilugios extraños. Los registros recogían datos sobre robots sin alma y primitivas AI racistas, misóginas, violentas. El siglo veintiuno en Madre fue una época salvaje y brutal. Y he aquí que, en su trastienda, alguien guardaba una reliquia de esos tiempos oscuros.

Distraída en sus pensamientos, la vista de Lidia fue a parar a los pies de la muñeca. Bingo. Allí estaba, en el empeine del pie izquierdo, una pequeñísima portezuela casi invisible que se abrió, dócil, con una mínima presión de su índice. Retiró la brillante pila redondeada y se quedó un rato con la mano derecha sobre el vientre de la muñeca para comprobar que fuera enfriándose. Se sentía extraña. Tenía la impresión de que estaba quitándole la vida a una dama del período Edo. Cuando vio que ya estaba fría, se levantó, se despeinó el flequillo como para espantar sus quimeras, y pasó lo que quedaba de noche en una especie de duermevela.

Se despertó antes de que sonara la alarma del móvil. Por fin había llegado el lunes, su primer día al cargo de la tienda. Se puso los pantalones negros y la camisa de seda blanca, con una flor roja bordada cerca del cuello. Llevaba sus calcetines preferidos, a rombos blancos y rojos. Sonrió, tranquila. Aquél iba a ser un día perfecto.

La jornada transcurrió plácida y sin incidencias, con visitas discretas por la mañana, y las primeras ventas por la tarde. Algunas amigas pasaron a saludarla y se quedaron un rato curioseando. A medida que se acercaba la hora de cerrar, Lidia empezó a pensar en la muñeca de la trastienda. Se acordó del tap tap tapatap que oyó antes de descubrirla, como si fuera el latido de un pequeño corazón. Ya no estaba segura de querer desprenderse de ella. Decidió llamarla Kokoro.

Al final de la jornada, Lidia volvió a la trastienda y se encontró con el sofá vacío. Confundida, miró alrededor y se encontró a Kokoro sentada en el suelo, a su izquierda, con



la espalda apoyada contra la pared, los brazos a lado y lado, las manos sobre el suelo y las piernas abiertas en una posición que exponía el sexo abierto, brillante. ¿Quién la había dejado así? Alguien tenía que haber entrado en la trastienda sin su permiso, pero ¿quién? ¿Y cómo? Ella no se había movido de la tienda, y no había acceso desde la calle. La única ventana, que daba al callejón de la parte de atrás, estaba protegida por barrotes.

De repente Kokoro emitió un gemido. Oh, no, volvía a funcionar. Lidia se sentó en el sofá, harta, incómoda por el cóctel de emociones que se le mezclaban en el pecho, el estupor y el asco, el enfado y el deseo. El deseo, sí. Recordó sus dedos recorriendo el pecho de la muñeca y la recorrió un escalofrío. Su parte lógica y racional, escandalizada, le exigió dejar de lado fantasías absurdas, y concentrarse para buscar una explicación a esta situación extraña y sin sentido. Razón, obediencia, moderación y contento. Quizás no era una tontería, al fin y al cabo.

Podía ver perfectamente la planta del pie de Kokoro, con el compartimento abierto, vacío. Tenía que haber otra pila por algún lado. ¿Quizás en el pie izquierdo? ¿O disponía de algún otro sistema auxiliar? Se levantó del sofá, dio un paso hacia la muñeca, pero se detuvo en seco. De repente tomó conciencia de que tal vez aún estaba en casa quien fuera que la había dejado así.

Presa de un súbito ataque de pánico, se fue corriendo a la tienda, cerró la puerta y dio vueltas sobre sí misma para asegurarse de que no había nadie alrededor. Cogió una de las katanas a la venta, y sosteniéndola con fuerza a dos manos, volvió a la trastienda y la recorrió de arriba abajo, con los ojos bien abiertos, respirando por la boca. Nadie. Levantó la trampilla bajo el futón. Nada. Dejó la katana en el sofá. Se sentía ridícula y vulnerable. Alguien le estaba gastando una broma, quizás un amigo del señor Miyagui, alguien a quien tal vez el antiguo propietario le dejara la muñeca de tanto en tanto, o se la alquilara, y que podía tener las llaves de la tienda. Podía ser. Sacó el móvil del bolsillo trasero del pantalón y empezó a buscar en la lista de contactos el número del antiguo propietario.

Llamó y esperó un tono, dos, tres, cuatro tonos. Finalmente, Miyagui se puso al teléfono.



—Hola, señor Miyagui, soy Lidia. Le llamo porque tengo su... hay una muñeca en la trastienda, la encontré hace poco en un espacio oculto bajo el tatami. Yo... le llamo porque ayer la dejé sentada en el sofá y... es como si alguien hubiera entrado y la hubiese cambiado de sitio. No sé si...

— ¿Una muñeca? No recuerdo...

Tap, tap, tap.

Lidia se giró. Kokoro seguía sentada en el suelo, tal como la había encontrado.

Tap, tap.

Tras las piernas abiertas, los dedos índice y corazón de Kokoro, doblados, golpeaban rítmicamente el suelo de madera.

Tap, tap, tap.

—Pues ahora está haciendo ruido con los dedos. También hace ruido por las noches... es una muñeca antigua para el placer, o eso parece. Le he quitado una pila, pero ya ve que continúa funcionando. No sé qué hacer con ella, ¿sabe cómo podría desconec...?

Antes de que pudiera acabar la frase, una mano tremendamente fuerte la sujetó de repente por la nuca y la empujó hacia abajo. Las rodillas de Lidia impactaron contra el suelo con un doloroso crujido y se le cayó el móvil al suelo. Unas manos huesudas, calientes, avanzaron imparable hacia su tráquea aterrorizada. Un gemido de Kokoro sonó en su oído. Lidia gritó, despavorida. Intentó desasirse, lanzarse hacia atrás, pero Kokoro presionaba sobre ella con todo el peso de su cuerpo. Lidia sentía en la nuca su respiración agitada, el olor a plástico quemado de su aliento pegajoso. La muñeca había perdido completamente el control, o tal vez se había activado un modo sádico en su programario corrompido por el abandono y el tiempo.





Kokoro la agarró por el cabello, la giró hacia ella, se sentó sobre su pecho y le dio una bofetada que casi le partió la nariz. Lidia sintió la sangre cálida corriendo por su boca, las manos, y el cuerpo extrañamente entumecido, incapaz de moverse, como una marioneta sin hilos. Kokoro la sacudió contra el suelo y volvió a apretarle el cuello. Lidia intentó incorporarse, llegar con las manos a su cara y sacarle los ojos, pero la muñeca pesaba muchísimo y mantenía la cara fuera de su alcance. En un destello de conciencia se dio cuenta de que era un gesto absurdo. Las muñecas no podían sentir dolor.

Con los pulmones a punto de estallar, Lidia ya no sabía si era su corazón o los dedos de la muñeca los que golpeaban el suelo, tap, tapatap, tap, tap, o la sangre de la nariz goteando por sus mejillas, o los trallazos de dolor de su tráquea torturada, y Kokoro seguía sentada sobre su pecho, con la peluca medio despeinada, sonriendo de manera antinatural. Una Kokoro extraordinariamente fuerte y fría.

En ese momento Lidia notó que se abría la puerta de la trastienda. Ante ella apareció la frente sudorosa y la cabeza de Miyagui, aureolada de cabellos blancos. Por un instante pensó que había venido a salvarla, pero el brillo malévolo en los ojos del antiguo propietario echó por tierra todas sus esperanzas.

Con pasmosa calma, Miyagui colocó frente a los ojos de Lidia un papel pequeño, lleno de sutras, y le pidió que los leyera para librarse de la muñeca. “Puedes leerlos, lo sé” – le dijo. . “Te he visto durante años en mi tienda, aprendiendo a escondidas los Sutras de los Ojos Dorados, léelo ya o ella te romperá la tráquea. ¡Deprisa!”

De haber podido pensar Lidia se habría negado o habría preguntado por qué, pero ella ya no sabía nada ni pensaba nada, ella era ya poco más que un animal desesperado luchando por su vida. Mareada, casi exánime, le pareció notar los cabellos de Kokoro rozándole las mejillas, y las manos de la muñeca relajándose un poco, dejándola respirar apenas. Lidia tosió, tomó aire varias veces, y con un hilo de voz murmuró los sutras de los Ojos Dorados, en los que se narraba la historia del poderoso Rey Mono, castigado por su rebeldía a vivir encerrado en una cueva bajo apariencia humana, rodeado de encantamientos para evitar su huída, hasta que la bodhisattva Guanyin accediera a liberarle de su cautiverio.



Una vez leído el último Sutra que decretaba la liberación del Rey Mono, el rostro de Miyagui se contrajo en una mueca de placer increíble y dejó ir un grito monstruoso, un alarido de triunfo que sacudió el edificio entero. Sus cabellos blancos cambiaron a dorado, sus ojos brillaron como si en su interior ardiera la lava de los antiguos volcanes de Madre, giró a una velocidad increíble sobre sí mismo, se frenó en seco, dobló una pierna, inclinó a un lado la cabeza como lo haría un orangután satisfecho, y en un estallido de luz desapareció ante los ojos incrédulos de Lidia.

Pasado el primer momento de estupefacción, Lidia miró a Kokoro y le dirigió una última súplica silenciosa, pero ella se pasó la punta de la lengua por los labios y le devolvió una mirada malévola y triunfante. Las manos de Kokoro volvieron a apretar la tráquea de Lidia, y ella comprendió que iba a morir sin remedio, víctima inocente entregada en sacrificio a unos dioses antiguos a quienes su vida o su muerte les resultaba indiferente. A medida que perdía el conocimiento, en sus oídos – el último sentido que se pierde – resonaba la respiración acelerada de Kokoro, sus gemidos inmisericordes cada vez más intensos, a medida que los talones desesperados de Lidia golpeaban el suelo en un agónico baile macabro, tap, tap, taptap, tap, tap, tapatapatap....

A la mañana siguiente, en la trastienda vacía no quedaba rastro de la muñeca, ni de Lidia, ni del señor Miyagui. Un delgado rayo de luz pintaba reflejos dorados en los cristales de la vitrina lacada y se detuvo, jugueteando, sobre un nuevo compañero de los cuarenta y ocho darumas, un daruma distinto con cuadritos blancos y rojos pintados en la barriga oronda, la última víctima necesaria para redondear la cifra mágica -siete por siete, cuarenta y nueve- que el Rey Mono había estado esperando durante tanto tiempo.

**FIN**

